

SUSPENSIÓN DE PRUEBAS NUCLEARES

El reciente acuerdo de suspensión de pruebas nucleares, firmado el jueves, 25 de julio de 1963, en Moscú, por los representantes de los Gobiernos americano, ruso e inglés, es de una importancia capital para el futuro del mundo. No es un acuerdo de desarme completo, pero los que querían este acuerdo o nada, probablemente deseaban nada, ya que para andar cien metros en este mundo, hay primeramente que andar diez.

Las pruebas nucleares subterráneas no han sido incluidas en el tratado, porque todavía no hay medios técnicos para su detección, pero lo más importante del acuerdo de Moscú no es ciertamente —con serlo mucho— la amplitud material de las prohibiciones, sino el cambio de clima moral. La guerra fría ha dado otro paso en su resaqueamiento, se ha dado un primer paso para abandonar ese estado de cosas de una paz estratégica que no era sino una preparación sorda y oscura de la tercera guerra mundial y es verdaderamente consolador para la humanidad que las élites gobernantes del mundo entero hayan abandonado también esa idiota «metafísica» de «si quieres la paz, prepara la guerra». Y ese otro alarde de inconsciencia que era el quitar importancia ante los pueblos a las últimas peligrosas experiencias tanto nucleares como espaciales.

El buen sentido de la coexistencia pacífica parece haber hecho asiento ahora en la mente de los políticos y los hombres no tenemos sino que alegrarnos. Por eso ahora que nos encontramos ya a diez pasos más lejos de la guerra, y aunque sean precisos otros cien mil para evitarla, nos parece interesante mirar a esa monstruosidad de la bomba atómica e informar, recordar a nuestros lectores sobre su realidad, sobre lo que ellos mismos pueden hacer, sobre lo que significa el derroche de la guerra, sobre lo que piensan las cabezas más agudas y conscientes de esta humanidad que los eternos helicópteros quisieran dócil, pero que tiene el deber de revelarse y quiere revelarse contra el infierno que la utilización del átomo para la guerra y el desencadenamiento de ésta la preparan.

La inconsciencia y la ignorancia son siempre buenas compañeras de la guerra y de la injusticia, y los periódicos prefieren distraer a sus lectores con muchachas en traje de baño y fiestas de príncipes y demás ociosos de este mundo. Todo está bien, pero un periódico que da dos planas de fútbol no puede dispensarse de advertir a sus lectores sobre sus deberes de hombre civilizado que quiere sobrevivir. Para que no haya ningún día en que todo sea demasiado tarde.

Esta es la bomba atómica

No sabemos si las conferencias de desarme traerán a la humanidad un resultado práctico. No sabemos lo que se cuece en los ollas de la alta política cuando se trata del repugnante problema de la guerra. Si, creemos que estas conferencias son, al menos, un alivio dentro de la atmósfera enrarecida que se respira en el mundo desde aquel 6 de agosto de 1945 en que la orden de un presidente sin escrúpulos puso a la humanidad en el camino de su destrucción total. Ante las consecuencias de esa orden y ante los resultados de la primera explosión de una bomba atómica en el mundo, huelgan toda clase de comentarios, sobre la demagogia, por que los hechos, horribles, dramáticos y criminales hechos, hablan por sí solos con más elocuencia que la mejor y más fantaseada fábula de terror.

La historia comienza así: «Era una vez una ciudad japonesa llamada Hiroshima, que en un día de verano, 6 de agosto de 1945, vio aparecer sobre su cielo azul, a las ocho y cuarto de la mañana, un avión norteamericano «B-29». Lo demás nos lo cuentan los testigos presenciales. «Había arrojado una bomba que hizo explosión a 150 metros de altura. En todas direcciones salían disparadas llamas azules y rojas, acompañadas por estruendos truenos e insoportables olas de calor que en la ciudad lo arruinaron todo: las materias combustibles se inflamaron y las partes metálicas se fundieron en un instante. Gigantesca columna de humo arremolinada en el cielo; en el centro mismo de la explosión se formó un globo de terrorífica cabeza y, además, oleadas gaseosas, a velocidad de 500 millas por hora, barrieron un radio de seis kilómetros». En las estadísticas oficiales se publicaron las siguientes cifras: área afectada, 13 millones de metros cuadrados; edificios arrasados por completo, 56.111; edificios casi deshechos, 6.820; otros parcialmente destruidos o quemados, 6.040. Suman 68.971, y como el total de los edificios de Hiroshima era de 75.327, sólo quedó indemne un nueve por ciento. Las personas que sucumbieron, según la Information Center de Hiroshima, fueron 260.000 y las heridas y desaparecidas, 163.293. Al producirse la explosión hubo 50.000 muertos y 200.000 en las semanas siguientes, y el resto más tarde. «Esto es una ciudad de 400.000 habitantes! Actualmente una bomba de hidrógeno arrasaría totalmente la vida en un radio de acción de veinte kilómetros.

«Pero dejemos hablar a los testigos: «Primero un resplandor blanco. Se diría que ha estallado el sol. Ciega a trescientas mil personas a la vez. En la retina no queda más que una luz devoradora. Los primeros pasos de la Humanidad en la hora H de la era atómica empiezan en una nada blanquecina. Al principio de la creación del Universo debía ocurrir lo mismo. Esto sucede en una diezmilésima de segundo. Después, traído por olas invisibles, un calor insoportable. Sus habitantes, los de Hiroshima reciben sus caricias y sus bofetones sobre las mejillas y el cuerpo. Las señales de sus quemaduras se extienden sobre más de cincuenta mil personas. Los que se hallan en el epicentro son carbonizados de repente. El calor, que se calcula de diez mil grados en el momento de estallar la bomba, al caer sobre la ciudad forma un cono gigantesco...» Fernand Gigon, que recorrió los lugares donde se cometió el más execrable de los crímenes de la historia, nos cuenta lo siguiente: «El calor reseca las gargantas, abre la piel y hace estallar los bronquios...»

En este momento empiezan a caer gotas de lluvia. Son negras y arrastran en su caída hollín, polvo y ceniza. Cada gota, nacida en el alto de la seta atómica, a 9.000 metros de altura, lleva consigo elementos radiactivos que dan al cataclismo de Hiroshima su carácter apocalíptico... Los tranvías, cuyos pasajeros inmóviles asidos, han quedado sentados sobre los restos de los asientos, indican, en algunos casos, la dirección de una ex-avenida. Los depósitos de agua, llenos de muertos, sirven de puntos de referencia a los habitantes de Hiroshima que se encontraban fuera de la ciudad en el momento de estallar la bomba... A doscientos metros del epicentro todavía puede verse una sombra que marca exactamente la forma de un hombre sentado en los escalones de una escalera de granito. Un compañero suyo, de pie, debía de estar hablando con él en aquel momento preciso. Ambos dejaron, proyectadas en la piedra, las marcas de sus cuerpos. No se encontró ningún resto de ellos. En este lugar el calor era de sesientos a setecientos grados. El y los rayos royeron el granito, royeron y dejaron sus huellas...»

«Pero antes de esta historia debíamos haber contado otra: «Erase una vez un viejo sabio, venerado matemático y físico admirado en todo el mundo, cuyo nombre era Albert Einstein. Las teorías salidas de la cabeza de este hombre de aspecto sarcástico y burlón, hicieron posible la construcción de la primera bomba atómica, y sus buenos consejos decidieron al honorable Presidente de los Estados Unidos de América, Franklin D. Roosevelt, a fabricarla y, más tarde, a que la utilizara su sucesor Mister Truman... y así comenzó para la Humanidad la época del terror.»

El mismo Einstein escribiría más tarde: «El problema de la paz y la seguridad es el que con mayor urgencia se plantea a nuestra generación. De la solución satisfactoria de este problema depende el bienestar, incluso la existencia de nosotros mismos y de nuestros hijos. Los recientes progresos en materia de armas de agresión han creado medios de destrucción en masa desconocidos en la Historia. Estas armas son mucho más aptas para el ataque que para la defensa. Si dejamos que se produzca una nueva guerra, gran parte de la Humanidad quedará en ruinas e incluso la tierra quedará envenenada...»

Por eso cualquier medio es lícito con tal de evitar el horror atómico. Lo mismo las huelgas pacifistas de Londres, que las del hambre de Japón, las mentiras o los engaños. Es igual. El caso es evitar la guerra atómica a toda costa. Las conferencias de desarme también servirán para algo

JAVIER PEREZ PELLON



EL CABALLO DE TROYA

EL DEBER DE LA INTELIGENCIA

Einstein se dio cuenta tarde del empleo que iban a hacer los políticos del gran descubrimiento atómico y se sintió aterrado: «Si lo hubiera sabido —dijo— me hubiera dedicado a cerrajería-hojalatero-quincallero». Pero las lamentaciones del genia científico no aliviaron uno solo de los sufrimientos de los japoneses de Hiroshima y Nagasaki. Ni han valido demasiado para que el resto de los mortales se hayan curado en salud y hayan comenzado a preocuparse de este problema nuclear. El Sindicato de cerrajeros-hojalateros-quincalleros de Chicago demostró aun más su inconsciencia, cuando regaló al ilustre físico, a raíz de pronunciar la anterior lamentación, un carnet de dicho Sindicato, nombrándole miembro de honor.

Por otra parte, W. Ferebee, el aviador que lanzó la bomba atómica sobre Hiroshima, se ha manifestado no hace mucho decidido a volver a lanzarla sobre cualquier otro sitio, si se le volviese a requerir para ello por el alto mando militar. «Desde el punto de vista estratégico y militar, el único que interesa en todo este asunto, se obtuvo el máximo de resultados con el mínimo desastre —ha dicho refiriéndose a su «hazaña»— puesto que pocos días después de mi raid sobre Hiroshima se anunció el fin de la guerra. Una semana después de que el Emperador del Japón hubo proclamado el cese de las hostilidades y aceptó el nuevo ultimatum de los aliados, fué a Hiroshima. Ya conocía los resultados obtenidos gracias a las fotografías aéreas tomadas por nuestra aviación. Cuando recorrió la ciudad arrasada por la bomba A, sólo tuve un pensamiento: ¡Good job! En otras palabras, había realizado un buen trabajo». He aquí la «metafísica» y la «moral» y todo el desalmado espíritu de un hombre (?) para quien sólo cuenta la estrategia y el buen resultado militar y que considera como inexistentes o no atendibles los principios morales y de simple humanidad.

«Pero entre estas dos posturas se balancea la humanidad actual casi exclusivamente: la inconsciencia y la ingenuidad o la aceptación ciega de una orden, aunque ésta sea la de aniquilar a miles de sus semejantes. Por esto es posible la continuación de la guerra fría y amenaza cada día el desastre atómico. Wright Mills ha acusado incluso a los hombres dedicados a las tareas en Estados Unidos de no ser más conscientes que los demás, de inhibirse de los problemas políticos y aceptar hasta las definiciones oficiales de los acontecimientos como si no tuviesen el deber de compulsarlas y denunciarlas;

por ejemplo, el simplismo de la política Dulles que llevó al mundo al borde de la catástrofe por inconsciencia y fomento del no pensar.

Pero el problema de la bomba atómica y su peligro ha dejado menos indiferente a los hombres de pensamiento, al menos en Europa. El Comité de los Cien en Inglaterra, que cierta prensa irresponsable ha estado presentando casi como una asociación de criminales y saboteadores, está dirigido por el glorioso anciano Bertrand Russell, filósofo y matemático, pero sobre todo uno de los vigías de la paz mundial y uno de los luchadores más decididos contra la bomba atómica y sus experiencias. Toybee ha hecho miles de kilómetros a pie, acompañado por un puñado de universitarios, para conmover la conciencia de las gentes y denunciar la guerra fría y el peligro atómico. Y en 1958, hombres como Leprince-Ringuet, Heisenberg, Maria Ossowska, D'Astier, Bovet, el P. Dubarle y el pastor Mare Bogueur, han dedicado semanas enteras de trabajo a plantearse el problema atómico, mientras Jaspers, por ejemplo, ha considerado su deber bajar de las alturas de su especulación filosófico-teológica para ocuparse de este asunto de supervivencia mundial. Sin olvidar a los jefes de las distintas Iglesias cristianas y a los hombres como Schweitzer, Lanza del Vasto, etc.

El problema: En Hiroshima hubo 140.000 muertos y heridos en una población de 245.000 hombres, pero entre las dos explosiones que se dieron sumaron en seguida 215.000 muertos. Sin embargo, no era más que el principio de la locura humana. En 1952-53 se fabrica la bomba H con un poder energético mil veces mayor: la superficie devastada por una bomba de esta clase es diez veces mayor, los efectos caloríficos mortales se multiplican por 31 y alcanzan un radio de 3.000 kilómetros, mientras otros 40.000 recibirían lluvia radiactiva. Con diez o quince bombas desaparecería todo vestigio de Inglaterra y Francia en el acto.

Desde 1957 es posible llevar la bomba atómica a su objetivo en un cohete de velocidad de 20 a 30.000 kilómetros por hora. Los últimos descubrimientos de misiles y el perfeccionamiento mortífero de las últimas bombas, no nos es aún bien conocido, pero nos basta con saber que vivimos sobre un polvorín. En 1957 había 30.000 bombas A y H almacenadas. ¿Cuántas son hoy? Las reacciones ante el problema. El fatalismo: La guerra no sirve para nada, la guerra es una ley de la especie. La santificación de la bomba;

El campo nuestro es el campo del bien, el del enemigo es el campo del mal, luego hay que destruir el mal aunque sea con la bomba.

El desinterés y el alarde de impotencia: ¿Qué se puede hacer contra la bomba? No hay manera de influir en los que mandan.

La exigencia del todo o nada: Si se suspenden los ensayos nucleares, hay que suspender a la vez todo otro armamento.

Estas cuatro reacciones típicas, y hasta a veces fomentadas, llevan sin embargo al desastre. (Sigue en tercera plana.)

UN PRIMER PASO HACIA LA PAZ UNIVERSAL

El reciente acuerdo para la suspensión de las pruebas nucleares, firmado por los tres países miembros del llamado Club Atómico, ha de producir a todos los hombres de buena voluntad un honrado alivio. Se trata de un paso, desgraciadamente vacilante, para acabar con el espectro de la guerra. Todos sabemos que la guerra total representa lisa y llanamente la aniquilación de la humanidad. Y esta consideración viene pesando decisivamente en los hombres de gobierno que van llegando a la convicción de que en un hipotético desastre guerrero ya no habría vencedores ni vencidos. El mundo entero sería una gigantesca pira humana, sacrificada, monstruosamente a unas ideas de nacionalismos o hegemonías que han perdido su vigencia.

La última guerra mundial fué un inmenso sacrificio inútil. Las propagandas guerreras, las soflamas belicosas y las invocaciones sagradas pasaron a la historia de las grandes mentiras. En su lugar quedan las sangrientas realidades. Unas realidades que ahora —después de cerca de veinte años— nos muestran su única verdad: campos de concentración para asesinar científicamente a decenas de millones de seres indefensos cuya única culpa fué la de no haber nacido limpios de raza; eutanasia y eugenesia aplicadas sin piedad; agresiones a pueblos pacíficos en virtud de pretendidas áreas estratégicas e imperiales; bombardeos premeditados de ciudades indefensas, llevados a cabo con fósforo y otras invenciones diabólicas; arrasamiento de todo vestigio de vida en tranquilas ciudades del interior, tales como Hiroshima y Nagasaki; bestialidad, sadismo, desprecio a la dignidad humana... Este es el balance real de una tragedia que todos desena-

denaron y de la cual nadie está libre de culpa.

Un reciente libro, de autor inglés, señala episódicamente algunos documentos oficiales cuyo testimonio tienen mayor fuerza que cualquier alegato antibelista. El recoger fragmentariamente los mismos no presupone en nosotros un índice parcial de culpabilidad. Es una de tantas muestras de desprecio a la condición humana, con equivalentes idénticos en cualquiera de los pueblos en lucha.

El jefe del Estado Mayor del Aire escribía el 15 de febrero de 1942 una minuta dirigida a la aviación inglesa que decía textualmente: «Con referencia a la nueva dirección del bombardeo: Supongo que es claro que los blancos «han de ser las áreas habitadas», y no, por ejemplo, los astilleros o las fabricas de aviones. Esto debe ponerse enteramente en claro, si aún no ha sido

comprendido. (Los destacados son nuestros.)

Otro informe oficial analiza las consecuencias «morales» que representa el bombardeo de las ciudades civiles. Del mismo extractamos los siguientes párrafos: «En 1938 más de veintidós millones de alemanes vivían en 58 ciudades de más de cien mil habitantes, las cuales con equipos modernos sería fácil localizar y atacar... Con que la mitad de la carga total de los 10.000 bombardeos fuera dejada caer en las zonas edificadas de esas 58 ciudades alemanas, la gran mayoría de sus habitantes (aproximadamente un tercio de la población alemana) quedaría sin alojamiento ni hogar. Las investigaciones parecen mostrar que lo más perjudicial para la moral es que nuestra «asa sea demolida. A la gente parece importarle esto más que la muerte de sus amigos y hasta de sus parientes.» (Sigue en tercera plana)



La OPINION PUBLICA ante LA BOMBA ATOMICA

Nuestra ciudad puede llegar a ser un día Hiroshima o Nagasaki. Hemos de partir de esta consideración. El peligro que corre la humanidad bajo la amenaza de la bomba atómica está tratado en otros artículos de esta página. Yo voy a centrarme en el tema de la opinión pública ante la bomba atómica: ¿qué papel le toca jugar al hombre de la calle? ¿qué importancia puede tener una opinión pública bien formada y estructurada?

En primer lugar advertimos que no hay opinión pública acerca de este problema. Vivimos como si el peligro no existiese. Es esta indiferencia, esta inconsciencia ha sido calificada de «ligereza trágica». Se habla de la angustia de la era atómica, pero la verdad

es que tal angustia no existe más que en unos cuantos libros de ciertos filósofos. Y no existe porque no se ha informado suficientemente sobre lo que significa la bomba atómica. Dice D'Astier: «Creo en efecto que es deber de los hombres enterados suscitar la angustia entre los hombres, cuando hay motivo para ello. Pues bien, nosotros recogemos la información de los hombres enterados y la trasladamos. «Trasladamos esta información para suscitar una angustia por la angustia? No. Lo hacemos porque pensamos que la situación que crea esta angustia puede ser rebasada por el hombre. No tiene por qué existir ningún clima apocalíptico. Todo lo contrario, de esperanza. ¡ No, esto sí, de nuestra actitud y de nuestra acción.

3. Y como se dijo en los «cuentos de Ginebra: «Los políticos se preocupan muy poco por la moral. De ahí la indiferencia justificada de la juventud.»

IMPORTANCIA DE LA OPINION PUBLICA

Sin embargo es preciso salir de la indiferencia. Cada hombre debe adoptar una postura positiva ante la bomba atómica. Nadie puede excluirse. Todos somos necesarios. Puede preguntarse alguien: ¿pero tiene importancia la opinión pública? ¿Es que podemos hacer nosotros algo en un asunto exclusivo de políticos y científicos?

Cuando existe una opinión pública formada cualquier poder tiene que tenerla en cuenta. Ejemplos. Les tomamos de E. D'Astier promotor del Movimiento Mundial por la Paz. D'Astier asegura que gracias a este movimiento no fué empleada la bomba atómica para resolver los conflictos de Suez y de Vietnam, y que influyó para que no lo fuese tampoco en Corea.

El Movimiento Mundial por la Paz hizo público el debate sobre el peligro atómico. Desde entonces este problema ha dejado de ser exclusivo de técnicos y científicos, ya que el peligro que se corría tampoco era exclusivo de ellos. En 1959 hizo un llamamiento y logró reunir quinientos millones de firmas.

Estos días hemos asistido a una convención esperanzadora. El tratado de Moscú es quizá el acontecimiento más importante del año. De momento se ha iniciado un camino de momento significa algo muy importante: un desarme psicológico, como ha dicho Spaak.

La opinión pública debe colaborar a que los políticos sigan adelante en sus negociaciones hasta llegar a un desarme total atómico. Para ellos la opinión pública ha de manifestarse y ha de estructurarse. Es una gran tarea moral hacia la paz internacional. A escalas más reducidas, como a esta escala la cuestión habrá que resolverla también. Pero no puede haber paz sin justicia. La paz nos exige, para que no esté montada sobre la fuerza, respeto a la dignidad del hombre, valoración del trabajo. De lo contrario la paz será ficticia, será guerra fría, encubrirá un polvorín. Intentemos una postura no violenta, pero antes resolvamos los estados de injusticia, de lo contrario tendremos que decir con un escritor no violento: «Arrancad a la víctima del verdugo».

C. ALONSO DE LOS RIOS

NICESIO RUIZ
Enfermedades de la piel y venéreas
Colmenares, 6

Nuevo edificio de la Lotería Nacional



He aquí uno de los dos grupos escultóricos, obra del ilustre académico don José Planes, que han sido instalados a la entrada del nuevo edificio de la Lotería Nacional. Las estilizadas figuras que los componen se alzan sobre plinto herroqueño de granito gris del Guadarrama y están esculpidas en piedra caliza de Colmenar, que contrasta agradablemente con el tono ocre del fondo.

CASI UN PROCESO A PIO XII

DURANTE la segunda guerra mundial Pio XII dió asilo en el Vaticano a millares de judíos italianos y gastó mucho dinero para tentar, en vano, de impedir las "incursiones" nazistas en el "ghetto" de Roma. Sin duda alguna el Papa odiaba el totalitarismo hitleriano tanto o más que admiraba al pueblo y cultura alemanes. Sin embargo, si bien deploró abiertamente muchos aspectos de las guerras (definió la invasión de Finlandia por parte de los rusos en 1940: "la más cínica agresión de los tiempos modernos", y denunció la propuesta estadounidense de una rendición sin condiciones de Alemania como "no cristiana"), él no condenó nunca, en manera específica, la mayor de todas las atrocidades: el genocidio, ordenado por Hitler, de los hebreos polacos y alemanes.

Recientemente un drama presentado en Berlín ha dado al misterio del silencio de Pio XII una explicación que ha levantado una ola de polémicas aunque históricamente pudiera ser bastante imparcial. La tesis de "El Vicario", de Rolf Hochhut, es la de que el Papa consideraba a Hitler una barrera necesaria entre la Rusia comunista y la Europa cristiana y no quería hacer nada que pudiese comprometer las esperanzas del Vaticano de negociar un "cese del fuego" entre Alemania y los aliados occidentales.

Hochhut tiene 32 años y es protestante. Hace años formó parte del cuerpo de las Juventudes hitlerianas. Ha estudiado durante años la historia de Alemania en la segunda guerra mundial repasando, durante tres meses, los archivos vaticanos en 1959. El fruto de estas investigaciones ha sido el drama estrenado en Berlín occidental por el "Teatro Popular Alemán", bajo la dirección de Erwin Piscator.

el célebre director alemán de los "laños veintá" refugiado en Francia y en los Estados Unidos durante el periodo nazi. "El Vicario" lleva por subtítulo "Una tragedia cristiana" y está dedicado a la memoria de dos sacerdotes y un jesuita, el joven Ricardo Fontana, de noble familia romana, asistente del nuncio apostólico en Berlín. En los despachos de la Nunciatura, en una escena que reproduce un hecho acaecido realmente en el 1942, hace irrupción un desilusionado oficial de las S. S., Rudolf Gerstein, y cuenta al nuncio los horrores de los campos de concentración. El alto prelado rechaza la idea de emprender cualquier acción, a causa del Concordato entre el Vaticano y Hitler, (firmado por el mismo Pio XII, entonces Eugenio Pacelli, en 1932), pero Ricardo asegura a Gerstein que el Papa elevará la protesta cuando tenga conocimiento de tales atrocidades y se compromete a cumplir una misión especial y personal en Roma. Una vez en Roma pone a Pio XII ante la evidencia de los hechos. Pero el Papa le responde: "Un diplomático debe ver ciertas cosas y callarse. Quien quiera tener una contribución útil en estos momentos debe mantenerse alejado de provocar a Hitler". "Pero no veis que para la Europa cristiana se acerca la catástrofe si Dios no nos permite a nosotros, la Santa Sede, el negociar la paz? La razón de Estado impide atacar y tratar a Hitler como a un bandido. El es digno de participar en los tratados". Al fin, como ha sucedido

en la realidad, el Papa de Hochhut acepta declarar que el exiliado "su paternal bendición a todos los hombres sin distinción de nacionalidad o de raza". Pero en opinión del joven jesuita Ricardo Fontana, "el silencio del Papa, en favor de los asesinos, da a la Iglesia un sentimiento de culpabilidad, nosotros debemos hacer penitencia". Y tomando sobre la responsabilidad de Pio XII, Ricardo se coloca en el pecho una estrella de David y se dirige hacia la muerte en el campo de concentración de Auschwitz. En la escena final el jesuita contesta al cinismo anticatólico del médico del campo y dice del Papa: "No nos podemos permitir el juzgarle". El autor del drama sabía muy bien la fuerza polémica que encierra su tesis y ha escrito, junto a la obra de teatro, un largo y documentado ensayo histórico. En él cita, como prueba de cuanto sostiene en "El Vicario", una carta enviada en 1943 por el embajador alemán cerca de la Santa Sede al Ministerio de Asuntos Exteriores de su país, tres días después del "moderado pronunciamiento" de Pio XII. "El Papa no ha tenido a bien protestar contra la deportación de los judíos, —escribía el barón Ernst Von Weizsäcker—, debemos considerar cerrado este capítulo tan desagradable para las buenas relaciones entre Alemania y el Vaticano". Y dos de los principales historiadores de la Alemania hitleriana, Josef Wuf y Geratd Reitlinger, han declarado que la documentación de Hochhut es "clera y solidísima". Para un órgano de gran autoridad dentro del partido de Adenauer, "El Vicario" es "... un reportaje escrupulosísimo pero tendencioso". De todas formas allí donde vaya "El Vicario", y está a punto de ser estrenado en varias capitales europeas, levantará olas de polémicas por lo acerado del tema apasionante y lo incisivo de su tesis.



El Norte de Castilla

SE VENDE EN BARCELONA: Kiosco de Las Ramblas. (Frente a calle Tallers). Kiosco avenida José Antonio. (Esquina Rambla Cataluña).

P. M.

Consuelo Crespi, la condesa bien calzada

Una gran fiesta de verano con "Bossa Nova" y 600 invitados

● Aristocracia, «bossa nova» y canapés en las reuniones de verano. Esta gente no para. El otro día fue la cosa en la Embajada brasileña de Roma. Edda Ciano Mussolini y su hija Raimunda Giunta Ciano estaban también en el baile ofrecido por el embajador brasileño Hugo Gouthier en la sede de la Embajada. Una fiesta para seiscientos invitados, con orquesta especialista en «bossa nova». Desfile de modelos brasileños, políticos, diplomáticos, actores y blá, blá, blá. Walter Chiari, Antonella Lualdi y Alberto Sordi lucieron sus mejores sonrisas cinematográficas.

● La cantante Gaea Pallavicini acudió a la fiesta con un pie enyesado por reciente accidente. A la escayola de tan gentil pie le había salido una rosa, con la que Gaea decoraba tan fea ortopedia. Como no podía bailar estuvo sentada en un rincón, mirando para su flor pedestre. Vestida de raso blanco y con corpiño de perlas, Gaea estaba bella, pero triste. No hubo un alma buena que se acercase a regarle la flor. Esta gente del gran mundo también tiene sus contrariedades. La baronesa Adera Franchetti, sin ir más lejos, bailó tanto que al final le dolían los pies. Esto de las grandes galas es un trabajo. Como ustedes saben, Adera está divorciada del actor americano Henry Fonda. A lo mejor se divorciaron por este problema de que a Adera se le hincharan los pies cuando baila. Todo el mundo tiene su cruz. Ni las baronesas se libran.

● Pero de quien queríamos hablarles a ustedes no es de Adera, la de los pies hinchados, ni de Gaea, la del pie escayolado, ni de Edda Ciano Mussolini, ni siquiera de la bellísima Antonella Lualdi, sino de la condesa Consuelo Crespi, la mujer más elegante, sin duda, de la fiesta romano-brasileña. Adonde quiera que vaya, Consuelo Crespi es siempre la más admirada. La otra tarde también lo fue. Vestía de largo, de muy largo. Era un vestido estampado en blanco y negro. Consuelo Crespi sigue figurando —según estadísticas frivolas— entre las mujeres más elegantes del mundo. Está casada con el conde Rudy Crespi.



UN PRIMER PASO HACIA LA PAZ UNIVERSAL

(Viene de sexta plana) Y, naturalmente, ello fue llevado a la práctica. Colonia, Hamburgo, Berlín y la mayoría de los enclaves urbanos importantes fueron materialmente arrasados. Oleadas de aviones se dedicaron tenazmente a esta estratégica labor. Miles de personas murieron entre los escombros y los supervivientes iniciaron el trágico exodo en busca de hogar. Esto sucedía en la última guerra. Como queda dicho, no es más que un eslabón aislado en el atroz clima de violencia y de desprecio al hombre que toda contienda lleva en sí. Hoy día, ya ni esa fría actitud de cálculo vale. El ingenio del hombre, aplicado a la creación de fuerzas destructoras de potencia incommensurable, ha logrado armas capaces de eliminar la vida civilizada en el planeta. La competencia de armamentos nucleares se considera esencial para el fortalecimiento militar.

Los países con arsenal atómico alegan que el mismo tiene un carácter represivo, eminentemente de defensa. Nos parecen tan falsas estas apreciaciones como las de quienes opinan que es necesaria una guerra preventiva, al objeto de eliminar a los posibles adversarios, instaurando, después, una paz universal. El mundo busca ansiosamente la paz. La última Encíclica de Juan XXIII «Pacem in Terris» ha puesto el dedo en la llaga del gran problema. Mientras tanto —hemos de señalarlo— los grupos belicistas de todas las latitudes se dedican a ridiculizar los movimientos que tienden a lograr la concordia entre los hombres. Vestigios nacionalistas de estirpe dudosa brotan aquí y allá. Las invocaciones son siempre las mismas, ¿para qué repetirlas? El mantener un clima de exaltación guerrera es, no obstante, peligroso. La competencia de los armamentos debe de acabar. Y éste es el primer paso dado: la suspensión de pruebas nucleares.

A la humanidad le aguarda otra competencia más noble, en la que podrán rivalizar las facciones políticas en pugna: dos terceras partes de los seres que viven en el mundo pasan hambre; nuevos pueblos luchan por conseguir asomarse a la civilización; existe demasiada injusticia distributiva, incluso en los pueblos tenidos como desarrollados; la sombra de las enfermedades, las plagas y las miserias sigue cerniéndose sobre todos; un hombre no vale lo mismo que otro hombre si su piel tiene otro color... He aquí todo un programa para el futuro. Un programa que ha de sustituir al de los armamentos, la guerra fría y las zonas de influencia. Esta es la meta que debe conseguirse. Y quien primero llegue, si que podrá decir que ha dominado el mundo.

MIGUEL ANGEL PASTOR

ANALISTA

Para laboratorio o persona con suficiente preparación para formarla en el campo del análisis químico, se precisa en **AUTOGENA MARTINEZ S. A.** Arce de Ladrillo, 42. (Oferta 5.632.)

Los aspirantes a las becas, para comenzar estudios de Bachillerato general y laboral, deberán tener cumplidos los 10 años.

SORDOS

Los más modernos aparatos para la sordera, sin pilas ni cordones. Gafas auditivas. Auriculares invisibles.

GAES
Vía Layetana, 158, 1.º
BARCELONA - 9

Acuda a la visita en VALLADOLID, el día 6 de agosto, de 11 a 2 de la mañana, en el Hotel Imperial. Censura sanitaria n.º 930.



asegurese DE UNA PERFECTA VISION ¡PUEDE EVITAR ACCIDENTES!

El deber de la inteligencia

(Viene de sexta página.) Pero hoy conocemos bien el origen de las guerras: las injusticias sociales, la falta de libertad, la opresión a las minorías, los racimos, los nacionalismos, el imperialismo del dinero, etc. (S. S. Juan XXIII). Sabemos perfectamente que pueden ser evitadas como puede ser evitada la injusticia social que, en otras épocas, y aun hoy en muchos ambientes conservadores, sigue teniendo por algo fatal y hasta... ¡dispuesto por Dios! Sabemos que no hay bombas blancas ni bombas negras, no hay bondad absoluta en un campo ni maldad absoluta en el otro, pero aun en este caso no se ve como una buena causa puede defenderse con un medio tan criminal como la bomba. «Una vez más los realistas nos dicen que si renunciamos al poder estaremos en desventaja. Naturalmente que estaremos. ¿Cuándo los hombres con escrupulo hemos dejado de estar en desventaja en nuestras relaciones con aquellos que no lo tienen? ¿Es que el hombre de escrupulo ha dejado de serlo para sobrevivir? ¿Hemos de renunciar al honor, a la vergüenza, a la misericordia y a la compasión a fin de poder vivir? Los antiguos paganos no hubieran dicho que eso era lo que había que hacer. ¿No dijo Sócrates que padecer la injusticia es mejor que infringirla? ¿Vamos a permitir que este pagano se apropie las virtudes que hemos tenido por costumbre llamar cristianas, mientras invocamos a la vez a Cristo para justificar la aniquilación nuclear?» (Roland H. Bainton). Sabemos que quien se desinteresa y resigna a lo que ocurre y se considera impotente sin haber gritado y aun padecido por lo que grita está maduro para el desastre. (Einstein.) Sabemos que quienes desean todo o nada, es que no desean nada.

Porque si es cierto que todo acuerdo nuclear debe de ir conectado con un acuerdo general de desarme, éste debe comenzar por alguna parte, y la parte más esencial es arrojar las armas nucleares al mar, evitar al menos, como ahora se ha hecho en Moscú, esas experiencias pagadas con la salud de los niños, por ejemplo. (Defectos de conformación y cánceres y leucemias para 15.000 niños por cada 10 megatons de explosión, según Pauling.) Los sabios y la gente.—Pero los científicos y los intelectuales, ni deben aislarse de las preocupaciones humanas—y ya vemos como los mejores no se aíslan—ni el hombre de la calle debe dejarse solos. Quizás es fácil decir, como los jóvenes alemanes, que todos los políticos son farsantes y no querer saber nada. Pero hay que saber o perecer y hacerse responsables del desastre universal. No hay que aceptar fatalismos que no existen. El ex-presidente Eisenhower, al comprobar en una sesión científica que no había defensa contra la bomba atómica, exclamó: «Entonces, ¿ya no queda sino orar? Es un falso planteamiento: nadie puede, sin hipocresía, pedir a Dios la paz, sin antes haber hecho todo para destruir la guerra y sin odiar a ésta. Es un sacrilegio rezar como aquel eclesiástico, del que habla Gollwitzer, que en el momento de despegar el avión que llevaba la bomba atómica a Hiroshima, tuvo la inconsciencia de rogar a Dios para que el piloto alcanzase su objetivo. Y la inconsciencia es siempre el peor polvorín, el gran pecado. Por eso no podemos hacernos cómplices de ella ni de esas medidas de tranquilizamiento o atontamiento de la opinión pública mundial respecto a este tema atómico que es el tema de la supervivencia humana.»

JOSE JIMENEZ LOZANO

Emborracha como el alcohol

Según las conclusiones de los doctores norteamericanos Smith y Prokov, parece que el alcohol no es la única sustancia que produce la embriaguez. Estos científicos han descubierto que también el "triptofan", un aminoácido contenido en la carne y en las verduras, produce efectos análogos a los del alcohol. Cierta número de personas sometidas a un fuerte tratamiento de esta sustancia han dado muestras de excitación incontrolable, con pérdida de la facultad de inhibición, alternada con somnolencia. Estas personas han manifestado situaciones de hilaridad sin razón y se cansaban notablemente al permanecer en pie. La embriaguez producida por el "triptofan" parece que, de todas formas, no produce efectos permanentes. La importancia de estos experimentos, que han despertado mucha curiosidad en los círculos científicos, reside en el hecho de que han indicado el camino que se debe seguir para descubrir la causa de ciertas perturbaciones nerviosas de origen hasta ahora desconocido. Tales perturbaciones podrían ser causadas por ciertos aminoácidos considerados indispensables para el organismo, cuyo exceso crea un desequilibrio en la complicada y delicada mecánica del metabolismo.